

ct

# En-Cadena

de  
Arturo Sánchez Velasco

*(fragmento)*

## Espacio

*Callejón oscuro. Cartones latas vidrios maderas cajas tablonos periódicos viejos un gato negro o pardo (quién sabe ahora) más cartones que puedan servir de algo cacerolas inservibles botellas de whisky y litronas de cerveza la humedad de otoño tras los charcos y las manchas de las paredes fachadas en claroscuro más oscuro que claro la luz a medias de una farola y de una ventana insomne el olor la náusea el vómito de un cuerpo carcomido por el alcohol. Una botella que cae sobre las demás. Vidrios rotos y botellas vertidas como fuentes.*

## Escena final

## VAGABUNDO

Tazas que caen. Nadie las recompone. Es la misma historia de siempre, ésa que cuentan los curanderos para hacerte reír y que te olvides de tu tobillo mientras buscan los tendones. La historia empezaba, tazas que caen. No tenía gracia, pero te hacían creer que la tendría. Te imaginabas las tazas que caían y se despedazaban. No era tan trágico, estaban vacías. Del café sólo quedaba el aroma.

*(Quema el dinero.)*

## V

Las tazas caían y se desprendían de su aroma cafeinado antes de descomponerse en las miles de piezas. Las tazas habían caído, se habían roto, pero el olor no estaba cuarteado. Era el aroma del café en la habitación, con los restos de las tazas que habían caído. Si alguien hubiese dicho *Rosebud* mientras caían las tazas, tal vez significase algo. Sí, claro. Un error intertextual.

*(Recoge la pistola. Curiosidad.)*

## V

De todas formas, nadie había dicho nada. Las tazas habían caído sin nadie que las viese caer, vacías, además, con el viejo aroma andino.

*(Se levanta, botella y pistola en mano.)*

## V

La pregunta que debía hacerte olvidar el tobillo era, por qué habían caído las tazas. Te distraías pensando en las tazas y en que seguían cayendo, y de pronto sentías sus dedos y más aún tu tobillo o los tendones. Pero no hay nadie. Estoy solo. No tengo el tobillo torcido ni los tendones montados. Estoy acurrucado junto a la pared.

*Mira las botellas.*

## V

Ya no recuerdo si estaba demasiado amargo el café, me gusta dulce. Las tazas no caen. Espero y no hay nadie que las tire. Tengo sueño. Pero no viene nadie para que me pueda dormir de una vez. Así que alargo una pierna hasta la mesa que pierde su calma. Las tazas por fin caen desde el borde.

*Lanza la botella contra la pared. Vidrios rotos sobre más vidrios rotos.*

*Telón*